

MEDITACION ANTE EL SEÑOR DE LA COLUMNA

Ofrecimiento:

Nos has creado para ti, Señor,
Y nuestro corazón está inquieto
hasta que no descansa en ti.
Concédeme, Señor, conocerte
Y saber si primero se debe
Invocarte o alabarte,
Antes conocer o invocar.

¿Cómo podrán invocarlo
sin haber creído en EL?
¿Cómo podrán creer,
sin haber oído hablar de EL?
Alabaran al Señor aquellos
Que lo buscan.

(Confesiones 1.1)

Que yo te busque Señor,
Invocándote,
Y te invoque creyéndote.

(Confesiones 1.1)

Entonces tomó Pilatos a Jesús, y le hizo azotar.

El Evangelio no dice más. No necesitaban más pormenores los primeros cristianos, porque bien sabían que el tormento de los azotes era horriblemente doloroso y vergonzoso. El dolor es un mundo de maravillas. Si Dios nos concede la gracia de padecer mucho, comprenderemos por experiencia que el que sufre se redime y redime a los demás...

Doloroso, por los brazos que azotaban y por los instrumentos empleados. Eran éstos el *flagrum* y el *flagellun*.

El *flagrum* consistía en dos ramales de cuero con dobles bolas de hierro en ambas puntas. El efecto que producía sobre las espaldas del condenado aparece descrito en los autores, romanos, con palabras que significan aplastar, machacar, confundir, destrozarse. El *flagellun* –diminutivo de *flagrun*– era de nervios de buey entrelazados y armados a lo largo de huesecillos o ruedecitas de metal. Su efecto sobre las carnes era cortar, abrir, desgarrar.

Vergonzoso, por imponerse únicamente a los vencidos y a los esclavos (no a los ciudadanos romanos), después de haberlos desnudado de todo el cuerpo o a lo menos de la cintura para arriba.

Tormento de tanta vergüenza y dolor, que Cicerón lo llamó la mitad de la muerte, y de hecho morían a veces bajo el horrible flagelo.

Los que escapaban o quedaban con vida quedaban rotos, enrojecidos, magullados, lanzando aullidos espantosos y palpitando convulsiones de agonía.

No sólo a las espaldas, sino a los brazos, pecho, piernas y a todos los miembros del azotado llegaban las horribles uñas del látigo, movido por lictores sin piedad.

Tormento de tanta vergüenza y dolor, que el mismo Jesús, paciente y sufrido hasta lo último, cuando anunciaba la Pasión a sus amigos, no lo podía contener: -Me azotarán, me azotarán...

¡Y a ese tormento condena Pilatos a Jesús, después de haber proclamado su inocencia. Nada más que por salir del paso! Él piensa que cuando le vean triturado por los golpes, se darán por satisfechos, y le dejarán marchar a su casa.

Aprovechando la condena de Cristo, Pilatos condenó también a dos presos comunes que estaban en capilla, en espera, más o menos larga, de cumplirse su castigo.

Así Pilatos se lavaba de nuevo las manos ante la forzada y arbitraria ejecución de Jesús, que ya no iba a ser la injusta condena de un inocente, sino la justa y legal de dos vulgares atracadores.

Es la aplicación concreta a Dios de esa hipócrita receta de la política humana, con la que tantas veces se trata de equilibrar y disimular el atropello brutal e injusto de un inocente, con la condenación legal de dos culpables; para que aparezcan todos mezclados en un mismo proceso. Con lo que aumenta y crece la injusticia para todos; una nueva y más refinada condena para el inocente; y una oportunista decisión que ejecuta a los culpables.

Porque los dos ladrones no tenían nada que ver con el proceso de Jesús. Fue una determinación de Pilatos al hilo de los acontecimientos. Necesitaba un crimen, ya que Jesús era inocente, y se acordó de los dos ladrones.

Por eso da orden de que le atormenten hasta que llegue a inspirar compasión. No necesitan más los verdugos. Toman los azotes, los prueban los agitan en el aire, se remangan, aprestan las cuerdas y aguardan de pie junto a la columna.

Es un sótano circular, al cual se desciende desde el Pretorio por una escalerilla de piedra. Jesús empieza a bajar conducido por dos legionarios del ejército de Roma. Mira hacia abajo; ve el suelo con machones de sangre seca y pisoteada, restos de otras víctimas que pasaron por allí; ve la columna baja de piedra con una argolla de hierro; ve a los atormentadores, que le miran impasibles, mostrándole su *flagrum* en la mano derecha.

Cómo siente en su Corazón Jesús aquella palabra del salmo antiguo: “Yo estoy preparado para los azotes, mi dolor ésta siempre ante mis ojos.”

A cada escalón que baja, va diciendo: -Padre mío, estoy preparado...

Llega. Le quitan las cuerdas de las muñecas, le mandan desnudarse, y Jesús obedece. Queda en hijo de Dios, desnudo abandonado... desamparado y solo.

Te lo quitaron todo, Señor.

Y al verte me acordé de los presos, que al ingresar en la cárcel son obligados a desnudarse y despojarse de todas sus pertenencias. Claro que a los presos les visten con su traje carcelario y en una lista documentada consta lo que entregaron para devolvérselo en su día de libertad.

Tu despojo es infinitamente mayor y definitivo.

Me acordé de una familia a quien la justicia humana habrán embargado todos sus bienes y arrojado de su casa. El matrimonio y tres hijos pequeños empujan, calle adelante, en un carromato, unas camas y unos colchones. ¿A dónde irían?

Tu embargo fue total: hasta los vestidos.

Me acordé de aquella niña pequeña que lloraba sola junto al río desbordado sentada también en su piedra. Con su dedo trataba de señalarme un sitio, ya invisible, en el agua. Allí había estado su casa. La riada se lo había llevado todo. También a sus padres. No tenía nada, ni a nadie. Estaba sola. Y lloraba sentada en una piedra.

Me acordé del arruinado, que todo lo perdió y está en la calle.

Del jubilado, que desposeído de su trabajo, siente que le falta una razón para seguir viviendo.

Del anciano, que abandonado por sus hijos en un asilo, se sienta solo al sol, a ver si se le calienta un poco el alma que tiritita de frío.

Señor desnudo junto a tu Columna.

¿Verdad que pensabas en todos ellos mientras temblabas de miedo y de vergüenza?

¿Verdad que te sigues sentando, haciéndoles compañía, junto a los abandonados, los desposeídos y despojados de la vida?

Qué espectáculo, Señor, si todos los que nos llamamos cristianos y nos enorgullecemos de serlo, tuviéramos que ir pasando, de uno en uno, por tu columna para ir colocando delante de Ti, desnudo, nuestras cosas: propiedades, riquezas, cosas...

Qué vergüenza y acusadora humillación para muchos.

Qué confortable consuelo para otros: muy pocos.

Qué confusión y contraste para la mayoría. Casi todos.

Porque muy pequeña tiene que ser una finca para que quepa en tu columna sin desbordarla.

Medimos las tierras por áreas, por kilómetros, por días de bueyes.

Los de Santiago podríamos arbitrar otra medida: una columna.

¿Cuántas columnas miden tus fincas? ¿Cuántas Columnas tienes en tierras, fincas y posesiones?

No nos caben las fincas, Señor, en tu Columna.

Ni las cosas, ni los pisos, ni los chalés de verano y vacaciones. Lo invadimos y ocupamos todo.

¿Dónde aparcamos entonces el coche en Tu Columna?

O los coches. Por que la esposa y los hijos disponen del suyo propio e independiente.

Tendrás Señor que apartarte de esa Columna donde estas amarrado en tu desnudez y buscarte otro sitio para dejar espacio a nuestra invasión de cosas y cosas.

Ante tu despojo absoluto, desplegamos, Señor, el alarde de nuestras vajillas extranjeras; el destello de nuestra plata; el lujo de nuestras porcelanas y marfiles; la exhibición de nuestros cuadros; el capricho costoso de nuestras colecciones... Y las pieles. Y las joyas.

Para poner ante Ti nuestro dinero en negocios y en efectivo, no hace falta sitio: basta un cheque con una cifra: un papel. Que ocupa muy poco sitio en Tu Columna, pero que esclaviza y encadena nuestra vida y nuestro corazón. Y que a muchos le haría tanta falta, para remediar sus males y necesidades.

La desnudez de Cristo fue total sólo en el calvario.

Hoy, es lógico que a nuestros Cristos les ciñamos la cintura con un paño.

Por respeto, por pudor, por cariño.

Pero, sinceramente, ese paño se lo ponemos a Cristo con lo que tratamos de evitarle a Él una vergüenza o un sonrojo, ¿o es el fondo una defensa egoísta con la que tratamos de evitar que sufran nuestros ojos y se perturbe nuestra sensibilidad?

¿Por Él sólo, o más bien por nosotros?

Tal vez, si somos sinceros, por los dos.

Por piedad, pensando en Él, por como la tranquilidad pensando en nosotros.

Una vez más cumplimos el viejo refrán: “Ojos que no ven, corazón que no siente”

Lo peligroso, Señor, es que este viejísimo y egoísta recurso lo aplicamos continua y sistemáticamente en nuestra vida: no ver ni oír nada que pueda hacernos sufrir; nada que hiera nuestros ojos, ni comprometa nuestro corazón.

Y así nos pasamos la vida, poniendo paños y vendas sobre las penas, los dolores, las tristezas, y las injusticias que padecen nuestros hermanos.

Bastantes penas tiene uno ya en su propia existencia, como para cargarse encima con los sufrimientos de los demás. Que cada palo aguante su vela. Y no es poco.

Y seguimos tapando con paños los dolores ajenos, como cubrimos con velos tu cintura en tu imagen.

El caso es no ver; no enterarse; no sufrir.

Pero en este juego peligroso y egoísta de las vendas y los paños, hay cristianos que, calculadamente, van más a lo seguro todavía; y deciden ponerse la venda ellos mismos, sobre sus propios ojos, taponarse herméticamente sus oídos y acorazarse el corazón con una armadura blindada.

Ya pueden, así, avanzar tranquilos por la vida entre los hombres: ni ven, ni oyen, no hay dolor alguno en sus hermanos que pueda hacer impacto en su corazón: lo llevan blindado a prueba de sufrimientos ajenos.

Así se explica uno, Señor, que Tú le puedas reprochar al final de su vida, resumiendo y condenando su calculada y egoísta existencia:

-Tuve hambre, sed, dolor, soledad... y no me hiciste caso. Pasasteis insensibles e indiferente ante Mí

-¿Cuándo, Señor, si no te vimos?

-¡Cómo ibais a verme, si os habíais puesto una venda en los ojos para no ver a los pobres! En ellos estaba Yo.

Los pobres son la cara visible de Dios.

Colocadme un paño en la cintura. Lo acepto.

Pero no os pongáis una venda en los ojos.

Los condenáis a no verme ya más en este mundo.

Ni en toda la eternidad.

Amarran otra vez sus manos juntas, pasan los cordeles por la argolla, dan un tirón, y queda el Hijo de Dios encorvado hacía adelante como res bajo el cuchillo.

Los látigos describen rápidos círculos en el aire con silbidos de amenaza. A la señal del jefe de los lictores, se lanzan con espantosa violencia sobre la espalda desnuda, y suena el primer golpe.

Jesús ha sentido vivísimo dolor. Todo su bendito cuerpo se estremece; más persevera firme, y levanta al cielo sus ojos que se cubren de lágrimas.

Rásgase en seguida el aire y vuelven a caer sobre la espalda las correas armadas de hierro. La piel se enrojece, se rompe. El Cuerpo de Jesús ofrece el más lastimero espectáculo y su sangre enrojece los látigos, la columna, la tierra y hasta las manos de los sayones... ¡Sangre de Cristo!

El Cuerpo se ha inclinado más sobre la columna, aunque todavía se mantiene en pie, sus ojos miran hacía arriba... ¡Padre mío, cúmplase tu voluntad...!

¡Cuánto cuesta a Jesús la reconciliación de los hombres con su Padre!

La adversidad es el estímulo de las personas de buen temple. Para nosotros los cristianos, debe de ser algo más: Debe de ser de una parte, ocasión de demostrar a Dios que le amamos con obras. Y por otra parte sentirnos privilegiados por compartir la cruz de Cristo.

¿Que hizo nuestro Cristo? –miradlo- sino un monumento al AMOR. Tanto amas cuando eres capaz de sacrificarte por la persona amada. Los dolores de Cristo y su muerte son la mejor medida de su amor por nosotros. En cambio, tú y yo, ¿qué hacemos? Frecuentemente esto: Andar pensando si es o no es pecado, si podemos o no podemos hasta aquí, si estamos o no obligados, si para qué tanto fastidio... AMOR QUE ANDA PESANDO Y MIDIENDO NO ES AMOR.

Por esto Nuestro Cristo es maestro en el AMOR. Un maestro que nos enseña cada día, para que aumentemos su FE en ÉL.

Porque la fe no es VER. La fe es ACEPTAR. Aceptar muy razonablemente lo que se nos propone, pero sin acabar de entenderlo. La fe supone un compromiso de todo el hombre. Ese es el secreto. Porque fiarse es amar. Fiarse es confiar.

Sin fe dicen que uno es libre. Pero se es libre en un desierto, en un mundo sin explicar. Se es libre pero en una soledad cada vez más espantosa. Se es libre, pero sin una sola respuesta a las preguntas inquietantes, que también hacen los que se creen libres.

Por eso Señor, mi Cristo de la Columna toma tú las riendas de mi vida. Porque mientras anduve yo solo me perdí en la oscuridad.

Danos fuerzas a todos para vivir como hermanos dentro de tu HERMANDAD.
Una vez dijiste:

*“EN ESTO CONOCERAN QUE SOIS MIS DISCÍPULOS: EN QUE OS AMAIS
LOS UNOS A LOS OTROS”*

Y también nos has dicho: *“que lo que hagamos a los demás es como si te lo
hiciéramos a TI”*

Haced y decid siempre lo que sirva de lazo de unión entre las personas con
quienes vivís. No digáis, ni hagáis nunca aquello que puede desunirlas. Es lo primero
que tiene en cuenta quien sabe que todos somos una familia.

Para nuestras relaciones con los demás, necesitamos olvidarnos de nosotros, más
bien que emplear amabilidades melosas y palabras fáciles. Ser recinto acogedor que
invita a descansar en él.

Si queremos hacer bien a nuestros hermanos, procuraremos primero que estén
contentos. Luego, amarlos mucho. Porque el amor todo lo ablanda. Y el desamor todo
lo endurece.

Y cuando nos critiquen, ¿qué? Buenos sustos nos llevaríamos si saliera Dios por
una esquina cuando estamos despellejando al prójimo. Porque normalmente los más
iconoclastas suelen ser los que tienen más ídolos que derribar.

EL nos diría sin más que nos discutamos nunca. Pero, si discutimos, procurar ver
las cosas desde el punto de vista del otro y pensar sus razones. Porque solemos hacer lo
contrario: No pensar más que en nuestro punto de vista y en nuestras razones.

Cosas que nunca resuelven nada y todo lo dejan peor que estaba: enfado,
represión agria, lamentos, insultos.

Señor quisiera que nuestra hermandad sea siempre una casa abierta, sin perros
furiosos que la guarden. Estos perros furiosos son nuestro orgullo, nuestro egoísmo,
nuestras brusquedades e indelicadezas. Y seguro que nos dirás un día:
Gracias, porque en tu casa tuve siempre un refugio.

Un refugio donde podamos hablar de Dios sin temor en nuestras conversaciones.
Al menos, nombrarle. Sin ahuecar la voz, claro. Y sin echar sentencias. Pero
nombrándole, porque no sabéis la sed de Dios que tienen los hombres. Te lo
agradecerán los mismos que se reían al principio. No veremos en seguida el fruto. Pero
tened por cierto que Dios es siempre semilla en nuestro corazón.

Ser valientes y hablar de nuestra Fe. Pero no en tono superior. No despreciando
interiormente a nadie. Cuando hablemos de nuestra Fe, que decimos que tanto vivimos,
hablaremos como si estuviéramos pidiendo perdón por tener tanta y el que nos escucha
tan poca.

Señor tu que todo los puedes enseñanos a hablar de Ti ha ser mensajeros de tu
palabra. No olvidemos nunca que lo que el mundo necesita ahora conmovedoramente es

el EJEMPLO. Menos hablar y más hacer. El que dice y no hace trabaja en el vacío. El que hace aunque no diga, esta gritando la Verdad y el bien que nadie resiste a la larga.

Señor de la Columna que tu dolor y tus azotes no sean estériles. Gracias por darnos a tu madre aquella que fue la primera que te dijo: SI

Ahí está María: discreta recatada, sin querer llamar la atención, sin querer exhibirse a los demás; pero ofreciéndose toda para que tú la veas bien.

Mírala: callada. Muda. Sin ataques histéricos, sin gestos teatrales. Ni un alarido, ni un grito, ni un movimiento descontrolado.

Es la mujer y madre fuerte.

Sabe que Tú la necesitas serena y tranquila. Ahí la tienes.

Se ha tragado la energía, el llanto y la saliva hasta el fondo de su ser. Se ha secado las lágrimas que rodaban caudalosas por sus mejillas. Ha erguido la cabeza. Ha compuesto su manto y su vestido. Y ha tratado de abrir, más y más grandes para Ti, esos ojos enrojecidos y brillantes que te ofrecen sin parpadeos, serenos y seguros.

Mira, Señor; levanta la cabeza.

Que suerte, la tuya, al contar con tales ojos.

Los sentimientos íntimos de amor y generosidad de Cristo hacia los hombres quedaron bien patentes cuando nos dio por Madre a María. Porque esto equivalía a poner en sus manos los tesoros de su gracia y hacer que, sin más llegaran a nosotros. Porque, ¿de quién es lo que tiene en sus manos una madre?

La madre de la tierra es nuestro descanso, nuestro recurso, nuestra tranquilidad, nuestra plenitud. Y María, nuestra Madre del cielo, ¿no será todo eso, aumentado y corregido?

Acude a Ella en los problemas de tu vida cristiana: Tentaciones, desalientos, cansancio, aburrimiento. Verás como Ella te saca de apuros con gran facilidad.

Y con esa PACIENCIA infinita supo acoger a su Hijo en sus brazos cuando ya descendido de la cruz reposó en su virginal regazo.

Nadie podía negarle tal derecho a tal mujer.

Ella nos lo había entregado a los hombres lleno de vigor, de gracia, y de hermosura. Y en solo tres horas acabamos con EL.

-Lo que yo les entregue; y lo que ahora me devuelven.

Su regazo se abría como una playa acogedora para recibir en ella los restos de un naufragio; todo lo que quedaba tras la galerna de la Pasión.

Las manos de la Madre se dedicaron a la dulce y dolorosa tarea de recomponer en lo posible las roturas de aquel hijo hecho pedazos.

Señora concédele a todas las madres, ser como tus playas abiertas. Para recibir a sus hijos, vengan como vengan, después de las tormentas y los naufragios de su vida.

Aunque tu Señora no nos entregaste a TU hijo Muerto.

Nuestro contacto y nuestra relación no es con un Cristo Muerto e inerte, sino con un Cristo Vivo y exigente.

Señor, tu no eres un objeto, ni una simple imagen inservible, ciega, sorda y muda, que todo lo recibe, todo lo agradece y todo lo bendice en su pasividad receptiva.

Nuestro Cristo está vivo. Un Cristo que ve, que habla, que oye. Un Cristo exigente que juzga, mide, valora y critica. Más: un Cristo rebelde, que no se pliega ni se contenta con nuestros cariños mezquinos y egoístas.

Nuestra piedad cristiana no pude centrarse en ponerte flores, música e incienso y llevar su Imagen bien lucida cada Jueves Santo, que en su silencio parece aprobarlo todo.

Los Hermanos de Santiago tenemos que tratar y habérselas con un Cristo Vivo, cuya sola mirada nos atraviesa como una espada; cuyas palabras denuncian nuestra cobardía y ambigüedad; cuya rebeldía rechaza nuestras flores y nuestras luces, si solo se queda el flores y luces, sentir en nuestras carnes el dolor de los azotes y la injusticia por los pecados de los hombres.

Pero está vivo; y tratar con EL es aceptar sus continuas exigencias de entrega y de amor.

En una palabra no es la hora del lucimiento y del protagonismo Es la hora de amárranos a su columna y de aceptar su sacrificio por nosotros y llevar a todos su mensaje de amor y de esperanza. Anunciar a todos EL REINO DE DIOS.

*Señor, yo te amo
Porque juegas limpio,
Sin trampas-sin milagros-;
Porque dejas que salga,
Paso a paso,
Sin trucos-sin utopías-,
Carta a carta,
Sin cambios,
Tu formidable
Solitario.*

*Viniste a glorificar las lágrimas...
No a enjugarlas...
Viniste a abrir las heridas...*

*No a cerrarlas...
Viniste a encender las hogueras...
No a apagarlas...
Viniste a decir:
¡Que corra el llanto,
la sangre y el fuego...
como el agua!*

Carmona, Marzo 2.006

Juan Manuel Jiménez Pérez

